



Vista completa del Pucaranra, a la derecha la arista descrita. Foto Felipe Uriarte

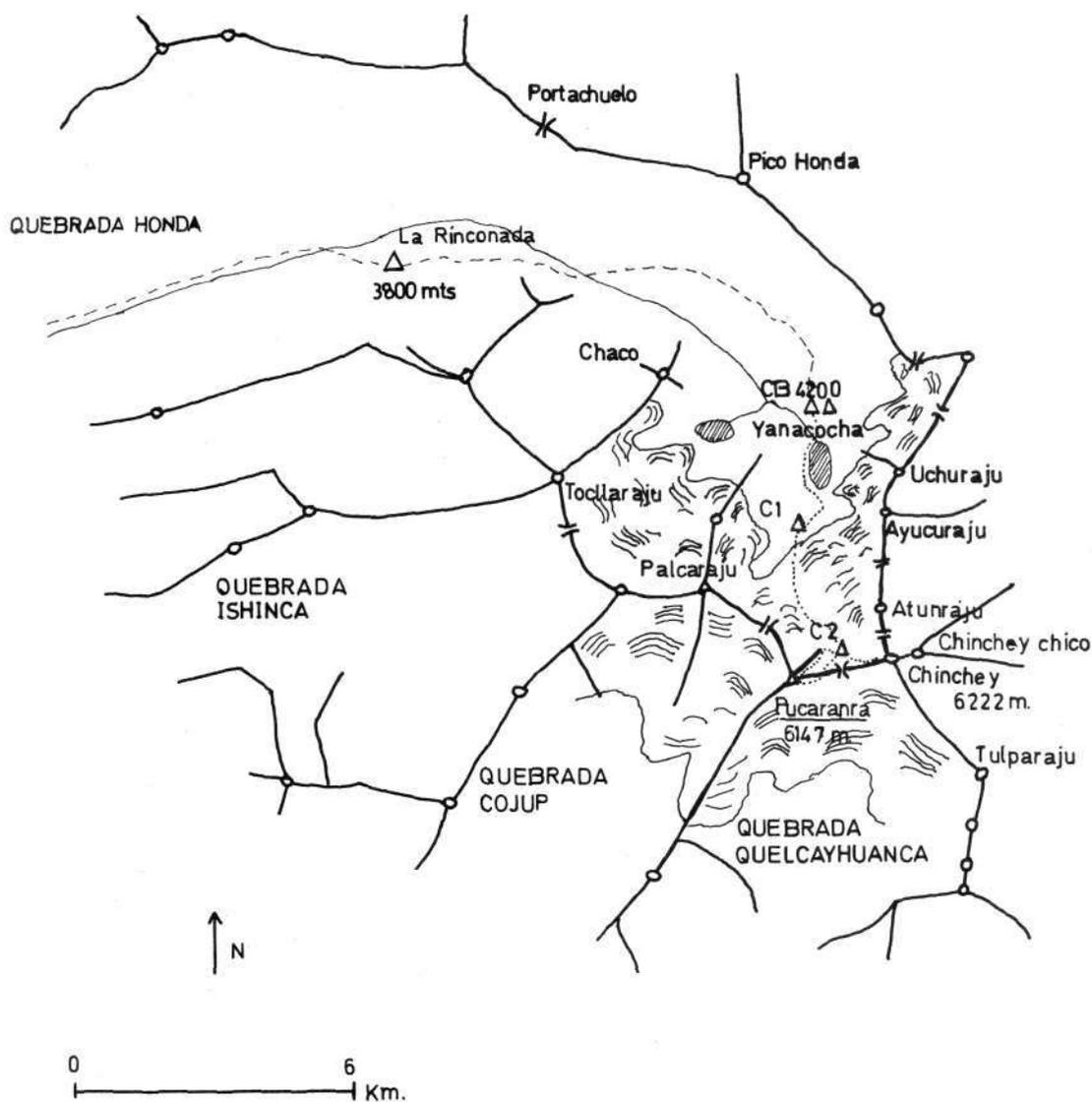
Más cercanas estaban nuestras correrías por Huaraz, dedicados a ultimar los últimos detalles. En el mercado, envueltos por colores deslumbrantes, por gritos y murmullos, por formas y gestos antiguos como la Tierra, nuevos para nosotros, encontramos todo lo que nos hace falta, comida fresca, jabón, lámparas de queroseno, sacos de nylon, velas, un par de enormes palanganas. En el pequeño restaurante protegidos de la luz cegadora del exterior, charlando con Yanac y Lluyvia nuestros porteadores, sobre su trabajo, sobre el material, decidiendo el número de acémilas y de arrieros, discutiendo cuanto pisco habría que subir. Alrededor de la diminuta mesa hablamos como conspiradores, midiendo las palabras, luego (la mesita llena ya de cervezas vacías), entre risas y palmadas en la espalda prometiéndonos unos días magníficos en la Cordillera.

Así, deslizándonos por las calles inundadas de luz, restregándonos con las gentes, saltando de puesto en puesto en el mercado, regateando el precio de todo, comiendo

en los puestos callejeros de chicharrones y picarones, bebiendo cerveza y pisco, se nos fueron los pocos días que disponíamos para estar en Huaraz.

Durante el tiempo que hemos vivido en las montañas peruanas, sabemos que los «apus» o dioses que habitan en ellas conocen los movimientos e intenciones de los hombres que se acercan a ellas, y más aún si son extranjeros. Esto ocurre en las quebradas de la Cordillera Blanca, como en las altas punas de Vilcabamba y Vilcanota.

Así cuando el 21 de junio, segundo día de aproximación, ascendemos por el escalón superior de la Quebrada Honda, arreando a nuestros 20 burros, bajo un triste cielo negro los nevados ocultos por densos nubarrones, Pedro Yanac con todo su conocimiento sobre las reacciones de sus montañas dice que las nubes son un buen presagio, pues significa que los «apus» están llorando porque saben que van a ser vencidos por nosotros.



Con el corazón inquieto por el mal tiempo y esperanzado ante los buenos augurios, llegamos aquella tarde a un excelente lugar, al fondo de la quebrada, bajo la presa natural que sostiene el lago de Yanacocha, en donde instalamos nuestro campo base a 4.200 metros.

En dos días hemos pasado de la vegetación alpina del valle del río Santa, pasando por las características tropicales del curso medio del río Honda, a las condiciones

de la pampa, de la puna andina en la parte superior de la quebrada, por encima de los 4.000 metros.

VOLVER A VIVIR

El 23 de junio, junto con Ricardo Gallardo y Vicente Lluuvia, hacemos el primer porteo de material hacia el campo I, a 4.760 metros en donde Martín, Patxi y Pedro habían situado una tienda el día anterior. Con la terrible mochila a la espalda parecía una



Preparando la marcha. Foto Felipe Uriarte

insensatez andar por la incómoda morrena del glaciar del Chinchey. En los primeros momentos resoplamos y juramos entre dientes contra este peso inhumano; poco a poco nos vamos acostumbrando, qué remedio, y entre el sudor que gotea de la nariz y el corretear de nuestro corazón comenzamos a atisbarnos, a vislumbrarnos. Entonces, reencontramos los gestos perdidos en todos estos meses de preparativos, volver a encontrarnos bajo grandes montañas cubiertas de nieve y protegidas por amenazadores glaciares, fue para nosotros lo mejor que nos ocurría últimamente. Plantearnos los problemas que nos presentaba la montaña y aplicarnos a solucionarlos nos hizo volver a vivir.

Desde el primer día nos ponemos a trabajar en la preparación del itinerario que ha de llevarnos al collado, al pie de la arista noreste del Pucaranra. Divididos en dos cordadas de a tres, hemos hecho un plan mediante el cual, por cada día de trabajo, dispondremos de otro de descanso en el campo base, de esta manera aseguramos una

buena recuperación después de estos primeros esfuerzos, recuperación que sabemos importante para conseguir una buena aclimatación.

Otro punto importante en nuestro plan es que no dormiremos en una altura determinada en la primera ocasión que alcancemos esa altura, sino a la segunda o mejor tercera. Tras nuestra experiencia andina consideramos que respetando estos dos puntos, en un breve espacio de tiempo, entre 6 a 8 días, una expedición ligera puede estar en disposición de atacar dificultades en una cumbre de hasta 6.200 metros, con un buen margen de seguridad en lo que respecta a la aclimatación.

Esta primera fase de la expedición, hasta alcanzar el collado, la habíamos tomado como un entrenamiento antes de atacar la cumbre del Pucaranra y Chinchey, y dentro del trabajo duro que teníamos que desarrollar, evitábamos todo esfuerzo superfluo que nuestro organismo, en déficit de oxígeno en estos primeros días de permanecer en la altura no podría asimilar.

COMPLETAMENTE LIBRES

Primera tormenta en los Andes; apretujados en la tienda del campo I, hemos seguido la tormenta minuto a minuto, silenciosamente. La presión ha descendido 80 mm. y nieve ininterrumpidamente, mientras los truenos rivalizan con los aludes.

Hemos cenado ceremoniosamente, midiendo todos los gestos, pues tres en una tienda de altura es mucha gente. Aunque tampoco demasiada. Ahora, metidos en los sacos, en un maremagnum de ropas, botas, cuerdas y clavijas, mi cabecera en la despena por un lado el hornillo runroneando amigablemente sobre nuestra sopa, por el otro los pies de Ricardo, crean a mi alrededor un cerco de amistades irrenunciables.

A la tarde oyendo caer la nieve sobre el techo de nuestra tienda (al principio un repiqueteo, luego ya no se oía pues la nieve acumulada amortiguaba los ruidos), estábamos los tres silenciosos incluso temiendo por nuestros planes para los próximos días. Preparando la cena el ambiente se ha animado con pequeñas órdenes y una suave alegría.

Ricardo y Vicente dormitan. Fuera estallan los aludes que caen del glaciar este del Palcaraju. Uno cada tres minutos.

Apretujados en nuestra tienda sobre la morrena del glaciar del Chinchey, en medio de este circo de montañas, rodeado por glaciares colgantes, oyendo la tormenta que nos impide salir de la tienda, me siento completamente libre.

A la madrugada asomo la cabeza por la puerta de la tienda. Ha despejado; la Cruz del Sur brilla por encima del Pucaranra y una constelación que no veo ilumina por detrás la cumbre del Chinchey.

A la luz de las linternas, bajo las estrellas que pierden fuerza ante el inexorable amanecer, hemos abandonado nuestra tienda de la morrena (qué pomposo llamarle campo I), camino del resalte de roca, con el objetivo de montar el campo 2. Encontramos las cuerdas instaladas por nuestros compañeros el día anterior. Duras, heladas tras la nevada y el frío nocturno. Asegurados a las cuerdas por el «jumar», ascende-

mos a lo largo del siniestro corredor, amenazado por los seracs que asoman encima. Luego las cuerdas fijas nos llevan por unos verticales muros, que fuertemente cargados como vamos nos cuesta remontar. Al amanecer, con nuestras grandes mochilas, colgados de las cuerdas fijas, midiendo nuestros gestos, (me siento como si estuviese fuera de la escena), la estética de nuestros movimientos, escalando silenciosamente, o quietos esperando a que el compañero deje libre la cuerda fija, atentos a los ruidos de los seracs de encima.

EN EL GLACIAR DEL CHINCHEY

Temprano llegamos al punto más alto alcanzado por nuestros compañeros en la cima del resalte rocoso. De allí para adelante debemos abrir la ruta por el glaciar del Chinchey hasta el collado en donde instalaremos nuestra campo 2. Un pequeño corredor de avalanchas nos ofrece su áspera pendiente helada y por él entramos al deseado glaciar. A esta hora temprana, el hielo del glaciar, bajo la capa de nieve fresca, está todavía dura, y así avanzamos con placer crujiendo en el hielo.

La nieve relampaguea en mil destellos bajo los primeros rayos de sol, el aire es frío y en las numerosas paradas lo aspiramos con delectación. Inclinaos bajo el peso de la mochila, un brazo sobre la pierna adelantada, el otro descansando en el piolet, lanzamos continuas miradas allí abajo, a la Quebrada todavía sin luz, y en cada bocanada de aire sentimos que nos entra parte de aquel paisaje y lo sentimos correr hacia el centro. Glaciar arriba, vamos eligiendo nuestra ruta, salvando las grietas allí por donde se estrechan, eligiendo el mejor puente de nieve, decidiendo cómo sortear un muro, trazando zigzags en una pendiente, calculando el peligro de los seracs de alrededor, buscando la nieve de mejor calidad. Vamos dejando nuestra huella sobre la nieve como una continuación de nosotros mismos.

Y allí encima vemos desarrollarse enteramente, espléndida, la arista noreste del Pucaranra, nuestra arista. Por primera vez la

vemos entera y todos la encontramos magnífica, el entusiasmo se apodera de nosotros. Discutimos, comentamos los múltiples aspectos de la arista y pronto observamos un muro de roca bien característico que nos parece será la «llave» de la ascensión.

Con el sol cayendo fuertemente sobre nuestras cabezas, llegamos al collado hundiéndonos en la nieve profunda. En pleno col, en dos horas de trabajo instalamos dos tiendas, metemos el material y comida dentro, y nos lanzamos rápidamente a nuestra huella, camino del campo I, para pasar el glaciar antes de que cambie la nieve. Pero es inútil, pues en los Andes el fuerte sol tropical transforma la nieve rápidamente en las pendientes expuestas al norte.

Cuando al día siguiente, de vuelta del collado al que nuevamente hemos subido transportando material y comida, nos encontramos en el campo I con Martín, Patxi y Pedro, todos nos llevamos una gran alegría. Ellos dormirán hoy aquí y ya no bajarán hasta haber coronado el Pucaranra.

Nosotros, lentamente, emprendemos el camino del campo base; allí nos espera nuestro sonriente Epi, con una buena ración de papas sancochadas y un excelente café-café, estilo abuelita.

A la tarde nuestros amigos americanos nos invitan a jugar al fútbol y rápidamente organizamos un partido entre las dos expediciones. A 4.200 metros, corremos como podemos tras la pelota, notando el sofoco de la altura y tras un partido ferozmente disputado, con un Epi soberbio en la defensa y Vicente luciéndose en la portería, les asesamos a los gringos un rotundo 6-3.

MAÑANA, MAÑANA, MAÑANA ME VOY

Mientras Martín, Patxi y Pedro trabajan en los campamentos superiores, nosotros holgazaneamos en el campo base. Tras un desayuno interminable, un lavado general nos deja como nuevos. Al mediodía un paseito con las manos en los bolsillos, echando ojeadas al Palcaraju y al Tocllaraju. La tarde es deliciosa, tomando té tras té y devorando cajas de galletas, acompañados de Glicerio y Lucio los porteadores de la expedición

americana. Huaynos, armónica, que-
na, Glicerio nos hace pasar un buen rato.

I

Mañana mañana, mañana me voy
pasado mañana ya no volveré
dejando a tu puerta señas de amor
que serán recuerdos de mi querer.

fuga

Provecachicma, llamicachicman
estofadocho provecachicman
llamicachipte, provecachipte,
loca, locaran ticralliranquiman.
Huaccha callapti, pobre callapti
despreciameta nunanqui.
Huaccha, callarpis pobre callarpis
cuye, cuyemi Huatashquequi.

Más tarde con Ricardo charlamos sobre la gran diferencia entre los sherpas del Himalaya y los porteadores huaracinos. Aquí no hay huelgas, ni motines, ni discusiones por el material. En los Andes llegas a un acuerdo y este se respeta por ambas partes durante toda la expedición; así el huaracino es fiel y leal, y la relación que se establece con él es de amistad. Por otra parte está en posesión de una excelente técnica tanto en hielo como en roca, aparte de unas excelentes condiciones naturales.

A la noche tras el último huacaté (té, limón, azúcar, canela y pisco), fumando un último cigarrillo de pie delante de la tienda, olfateamos el aire, sentimos la enorme energía cósmica de la puna andina. En el cielo estrellado sin luna brilla de vez en cuando un tenue relámpago. Son unos pequeños presagios en el tranquilo ambiente nocturno del Campo base, las tiendas cerradas, en el interior la luz de una lámpara, las conversaciones interminables de Epi con Vicente.

Presagios ¿de qué?

Pensamos en nuestros compañeros, allá arriba en el campo 2. Presagios, pequeños presagios... Quizá el presagio de que todo discurre normalmente y de que todo va a ir bien. Mañana salimos del campo base hacia el I, y pasado nos reuniremos con nuestros compañeros en el 2, luego a nuestra arista.



Acercándonos a la base de la arista. Foto F. Uriarte

1 DE JULIO

Siete de la tarde, ya oscurecido, todos estamos metidos en los sacos. Escribiendo, se me enfrían las manos. Una vela. Me gusta tener siempre una vela en mi tienda. Me recuerda a amigos, sonrisas de mujer, construye a mi alrededor un mundo de recuerdos y futuro, de esperanzas.

Las mochilas están preparadas para mañana. Iremos con el material y comida para tres días, queremos recorrerla libremente, sin cuerdas fijas ni campamentos intermedios, durmiendo allí donde nos coja la noche.

Al atardecer la arista nos ha mostrado su verdadera dificultad.

Entre el Chinchey y el Pucaranra, nuestro campamento en el collado es un lugar magnífico.

Esta tarde no ha nevado por primera vez en los últimos días. La luna empieza a crecer y subir en el profundo cielo nocturno. Buenos presagios.

2 DE JULIO

A las dos de la madrugada el hornillo está en marcha preparando el té. El frío, doloroso, retrasa nuestra salida. Por fin, desganados, hundiéndonos en la nieve polvo del collado, nos sumergimos en la noche buscando nuestra arista. Avanzamos por una empinada ladera nevada, sumergidos cada uno en nosotros mismos, encerrados en el pequeño cosmos que crea nuestras linternas, miles de cristales de nieve brillan en nuestro pequeño cosmos, miles de estrellas brillan duramente en el pedazo de cielo entre el Pucaranra y el Chinchey.

Al amanecer pasamos una zona de rocas verticales difíciles, hay hielo en las chimeneas, y llegamos al comienzo de la arista.

Sobre las cornisas de nieve, ya bien entrada la mañana, trazamos nuestra zigzagueante huella. Nos aseguramos con largas clavijas de aluminio de casi un metro, en la nieve floja y dudosa. Las cornisas sobre las que avanzamos son como gigantescas olas

que naciesen en el glaciar, se levantan con enorme y estático empuje y van a estrellarse contra las rocas del Pucaranra. Empujados por las olas cornisas nos acercamos a la base del acantilado, ahora en una cresta, luego en un seno en pleno remolino. Una última ola nos deposita en la brecha que señala el verdadero comienzo de la arista.

Sentados en la brecha contentos y radiantes de encontrarnos allí, saboreamos con placer nuestro primer descanso y las primeras avellanas de nuestra aventura.

Un gran zócalo de roca firme y segura nos ofrece una escalada sencilla y bella que vamos resolviendo a buen ritmo, apreciando el placer de resolver los pasos difíciles, lentamente superados, con nuestras pesadas mochilas. El final del zócalo de roca se complica y terminamos en una esquina, nieve y roca, en la que nuestra única salida es descender mediante un rapel al fondo de un corredor.

Veo a Martín desaparecer tras la esquina de roca y hielo mientras le aseguro firmemente. La cuerda se detiene en mis manos un largo rato. Luego comienza a avanzar lentamente. Patxi, Ricardo y Pedro apiñados en una pequeña repisa bajo un resalte rocoso, esperan pacientemente.

Por fin me llegan los gritos estentóreos de Martín pidiéndome que le siga. Puedo entonces asomarme a la esquina y lo veo en el fondo del corredor sobre una inclinada roca que ha tenido que limpiar de la nieve que lo recubría. Me deslizo por el rapel y al llegar al corredor se confirman mis suposiciones sobre su lentitud, pues una peligrosa nieve polvo recubre las rocas lisas e inclinadas tapizadas a veces por una capa de hielo.

Mediante una travesía interminable llego al otro lado del corredor asegurado por Martín. En el atardecer me encuentro escalando las rocas difíciles que forman la pared del corredor. Mis compañeros deben superarlas en plena oscuridad; desde nuestra plataforma, expectantes, los localizamos por las órdenes lanzadas a gritos.

NOCHE DE PIRATAS

En minúsculas plataformas, repartidos

en dos grupos, nos disponemos a pasar la noche sintiendo el vacío que se abre a nuestros pies. El hornillo en una mano, en la otra un pote con nuestra escasa ración de agua, intentamos prepararnos un té. Todos los movimientos hay que hacerlos pidiendo permiso, esperando cada uno su turno.

Hora tras hora, interminable, sufrimos nuestra noche de roca y oscuro abismo presumido. Nos reímos de nuestras contradicciones. Hemos atravesado un enorme océano que podría habernos albergado durante semanas enteras en unas breves horas. Luego, de otro salto a golpe de turborreactor, hemos pasado de un lado a otro el gran, inmenso continente sudamericano. ¿Para qué? Para pasar día tras día en estas montañas, para avanzar metro a metro por las pendientes del Pucaranra, para aferrarnos tenazmente a un pedazo de roca, para terminar aquí apretujados en una esquina inconcebible como si no hubiese otro lugar en todo el Planeta para pasar la noche.

Nos sentimos como niños haciendo una travesura, como niños jugando a piratas apostados en una isla esperando el barco de fantasía cargado de vinos, comidas exquisitas, telas preciosas y bellas mujeres, para apoderarnos de él. Continuamente nuestra vocación de piratas se tambalea, maldiciendo la roca que nos mortifica el culo, al compañero que no para quieto, y al frío que se nos mete cuerpo adentro entre las telas del saco.

3 DE JULIO

Al fin llega nuestro barco en forma de día con sus bodegas llenas de sol, cielo azul y rocas y nieves que escalar. Y todos nos ponemos en movimiento dispuestos a abortarlo.

Un viento helado nos lanza esquirlas de hielo que arranca de un nevero encima de nosotros, cuando comenzamos a abrirnos paso por las rocas. Al rato tras atravesar una cornisa fina como un encaje, llegamos a unas magníficas plataformas. Allí al sol, podemos hacer agua, sopa, té y estirar el cuerpo dolorido.

Una magnífica pared de roca y una aérea travesía nos conduce debajo del muro vertical que habíamos observado desde el campo 2 y que nos parecía la llave de la ascensión. Sin comprender del todo el problema, Martín y yo nos lanzamos a superar el muro en libre, pero la fisura que lo parte en dos, de rocas mojadas y descompuestas nos rechaza uno tras otro, a los primeros metros. Nos damos cuenta que habrá que echar mano a un buen montón de clavijas y utilizar los estribos, aspecto que no nos apetece mucho a ninguno de los dos. Así que acogemos alborozados y entusiásticamente a Patxi que aparece medio despistado, procedente de la travesía. Aprovechando su sorpresa y su euforia por el bello paso que acaba de escalar lo cargamos de clavijas, mosquetones y estribos y lo empujamos hacia la fisura.

Empotrado en la negra muesca de la roca lo vemos debatirse, arrastrarse y avanzar encajando clavija tras clavija por el difícil terreno. En plena batalla, al apoyarse en una roca, esta se desgaja y cae sobre nosotros que la evitamos justamente, y va a dar sobre una de nuestras mochilas. A pesar del susto Patxi completa su magnífico trabajo y al rato desaparece superado el muro. Nuestro camino hacia la cumbre está abierto. Aprovechando las excelentes plataformas que hay bajo el muro y sin saber lo que la montaña nos ofrecerá más arriba decidimos pasar la noche aquí, aunque todavía sea temprano. Así que Patxi fija firmemente una cuerda en la parte alta del muro y se desliza hasta nosotros.

La roca que se ha precipitado antes sobre nosotros al caer sobre una de las mochilas ha destrozado uno de los hornillos y una de las cargas de reserva, de manera que ya no nos queda más que el combustible para cocinar una sopa.

A pesar de ello la noche es magnífica. Podemos acomodarnos en la plataforma, esta noche dormiremos tumbados y bien estirados. Metidos ya en los sacos, vemos al sol caer entre las pendientes de las montañas, sumergirse en los profundos precipicios y como si hubiese caído en un mar de rojas aguas, salpicar por un momento todas las rocas y neveros. Luego es la noche, las



Comienzos de la arista. Foto Felipe Uriarte

estrellas, el viento frío que se levanta de pronto con un silbido, los recuerdos, nuestro cariño a esta montaña, a nuestra arista..., el sueño.

4 DE JULIO

UN ACTO DE AMOR

El viento helado de la madrugada, (el sol todavía tras el Chinchey), levanta nubes de nieve polvo en las cornisas que han de llevarnos hacia la cumbre. Desde que hemos abandonado nuestro vivac, vamos de ola en ola, ya avanzando sobre el hielo crujiente ya hundiéndonos en la nieve floja. Una in-

terminable serie de cornisas, que terminan en las rocas de la cumbre, ha de ser nuestro camino para este día. Las horas trascurren lentas, hermosas. Olas de nieve flotando entre dos precipicios bajo el abismo azul del cielo.

En un momento que estoy delante, mis compañeros extendidos a lo largo de la cuerda, me encuentro asegurando la ascensión de Martín que viene hacia mí, sentado en lo alto de una enorme cornisa sintiendo que la nieve que está a un palmo de mis pies se apoya sobre el vacío. A mis lados dos vacíos blancos, encima la profundidad azul, debajo un posible vacío. Veo a Martín remontar a patadas la pendiente y oigo sus pasos resonar en la nieve, transmitirse hasta debajo de mis pies.

No tengo nada. No tengo a donde asegurarme, he clavado el piolet en cualquier sitio.

Y de pronto me siento rico. Tan cerca de muchas cosas y tan lejos de otras muchas. Toda mi riqueza es mi vida, débil, fútil, que en un momento se me puede escapar por una pendiente de nieve.

Estoy sentado en la cornisa, allá al fondo, profundas y distantes las acogedoras quebradas. Estoy como en el borde las cosas, mirándolas lejanamente, serenamente.

Mi vida, nuestra vida es una cuerda, la precisión en remontar la pendiente sin errores, ni eso aún, nuestra vida es un milagro físico, está sostenida por la ley de fusión del hielo, vida mineral, química.

Durante todo el día escalamos ininterrumpidamente, sin tiempo, sin acordarnos de comer ni beber. Como que no teníamos agua. A la tarde envueltos en niebla nos sentimos solos, solos, en un mundo de vacíos y superficies lechosas, irreales.

Rocas. Delante nuestro aparecen unas bellas, graníticas rocas. Es como estar llegando a casa. En la semioscuridad del anochecer escalamos las rocas terminales con voluptuosidad, delicadamente. Nos abrazamos a ellas, nos aferramos tierna, firmemente, en un acto de amor desusado.

Un enorme sentimiento de desahogo nos invade en la cumbre. Uno a uno vamos llegando, del último paso difícil emergemos en

la misma cumbre. En la oscuridad, a seis mil metros, nos encontramos los cinco abrazados, llorando, en un lío de cuerdas y sentimientos.

En la oscuridad excavamos un gran agujero en la nieve de la cima y luego la pateamos para alisarla. Sobre las mochilas vacías extendemos nuestros sacos, las cuerdas heladas nos sirven de cabecera.

El viento levanta la nieve polvo de la cumbre y nos cubre con una blanca capa helada; al asomar la cabeza vemos brillar entre el frío polvo, duramente, cercanas, las estrellas.

Felipe Uriarte
diciembre de 1976.

DIARIO DE LA EXPEDICION

11 de mayo. Transportamos la caja de Pasajes a Bilbao.

13 mayo. Sale la caja de Bilbao rumbo a El Callao, a bordo del Cartagena de Indias.

5 junio. Salen de San Sebastián hacia Madrid, Martín Zabaleta y Felipe Uriarte.

6 junio. A la 1,30, en avión, salen Zabaleta y Uriarte hacia Lima.

7 junio. Llegan a Lima a las 1,00; en el aeropuerto son recibidos por Arantza Peña y Fernando Guzmán. El mismo día comienzan los trámites en la Aduana del Callao para liberar la caja, que arribó a puerto el 5 de junio.

14 junio. Llegan a Lima Ricardo Gallardo y Patxi Chocarro. El día anterior se ha conseguido liberar la caja.

A la tarde toda la expedición y el material salen hacia Huaraz.

16 junio. Salida de aclimatación alcanzando los 4.300 metros.

20 junio. En un viejo dodge conducido por nuestro buen amigo Carlos Maldonado,



Las dos cordadas en la cumbre. Foto Felipe Uriart

salimos de Huaraz hacia la Quebrada Honda. A las 11 de la mañana, las cargas dispuestas en los burros iniciamos la marcha de aproximación. Acampamos al atardecer a los 3.850 metros de altitud en la Rinconada.

21 junio. Realizamos la segunda jornada de aproximación, llegando al fondo de la quebrada, en donde situamos el campo base a los 4.200 metros.

22 junio. A las 8,30 salen del base Zabaleta, Chocarro y Yanac con material para montar un campamento. A las 13,30 llegan a los 4.760 metros en donde instalan una tienda, a media hora del resalto rocoso. Han tardado 4 h. 30' en llegar del base a este lugar, desde hoy nuestro campo I. A las 16,00 llegan al base.

23 junio. Víspera de San Juan. A las 7,30 salen Gallardo, Uriarte y Lluvia transportando material al campo I, a donde llegan a las 12,15. Están de regreso a las 15,00. Llega Epifanio de Huaraz a las 17,00. En un día ha hecho Campo base-Huaraz-Campo Base ¡que tío!

24 junio. 9,00 salen Zabaleta-Chocarro-Yanac hacia el campo I portando material. Dormirán aquí y mañana intentarán abrir la ruta en el resalto rocoso, y equiparla.

25 junio. La cordada del campo I encuentran un itinerario seguro por el resalto y lo equipan con 140 metros de cuerdas fijas; después bajan al base a descansar. Gallardo-Uriarte-Lluvia suben a dormir al Campo I.

26 junio. Gallardo-Uriarte-Lluvia salen del Campo I a las 6,00 y alcanzan el collado 5.200 metros, a las 9,40, en donde instalan una tienda de altura de cuatro plazas. Llegan al campo I a las 13,30, en donde vuelven a dormir.

Zabaleta-Chocarro-Yanac permanecen en el Campo Base de descanso.

27 junio. Gallardo-Uriarte-Lluvia salen del Campo I a las 6,00 portando hacia el Campo II, a donde llegan a las 9,30. A las 12,00 regresan al Campo I en donde se encuentran con Zabaleta-Chocarro-Yanac que suben del Campo Base. Esta cordada duerme en

el Campo I y la otra baja a descansar al Campo Base.

En el Campo Base se juega un partido de fútbol contra la Expedición Americana al Chinchey, a los que se gana por 6.3.

28 junio. Zabaleta-Chocarro-Yanac portean material del Campo I al Campo II y regresan a dormir al Campo I. Gallardo-Uriarte-Lluyvia descansan en el Campo Base.

29 junio. Zabaleta-Chocarro-Yanac suben al Campo II y se quedan a dormir. Gallardo Uriarte-Lluyvia siguen en el Campo Base, por enfermedad de Uriarte.

30 junio. Zabaleta-Chocarro-Yanac realizan un reconomiento del comienzo de la arista del Pucaranra y vuelven al Campo II. Gallardo-Uriarte-Lluyvia suben del Campo Base al Campo I.

1 julio. Zabaleta-Chocarro-Yanac descansan en el Campo II. Gallardo-Uriarte-Lluyvia suben del Campo I al Campo II. Se decide atacar el día siguiente sin preparación de la pared.

2 julio. Zabaleta-Chocarro-Gallardo-Uriarte-Yanac salen a las 4,00 del Campo II camino de la arista noreste del Pucaranra. Se superan un resalte de roca, las cornisas horizontales, el primer zócalo de roca, se atraviesa un corredor y se escala un nuevo zócalo rocoso. Vivac en pequeñas plataformas a los 5.700 metros de altitud. Buen tiempo.

3 julio. En este día nada más se superan 100 metros de desnivel. Se escala y equipa el muro vertical fisurado. Vivac confortable. Se termina el combustible.

4 julio. Salimos del vivac a las 7,00. Escalamos las cornisas de nieve y hielo que llevan a la cumbre. Al final dos largos de roca para llegar a la cumbre; las dificultades se mantienen hasta la cumbre, que alcanzamos a las 18,20. Vivac en la cumbre, 6,147 metros, -25°C , viento.

5 julio. Recorremos toda la arista cimeira y descendemos a rapeles que montamos sobre las estacas de aluminio, por la cara sureste, una gran pendiente de nieve. Llegamos al Campo II a las 22,00.

6 julio. Descendemos del Campo II al Campo Base.

7 julio. Día San Fermín. Descanso. Ejecución de Fermín, el carnero que compramos en Marcará, que Yanac, Lluyvia y Epifanio cocinan a la pachamanca.

8 julio. Descanso en el Campo Base. Seguimos disfrutando de los restos mortales de Fermín.

9 julio. Seguimos en el Campo Base... todavía queda algo del buen Fermín.

10 julio. Terminado el menor rastro de Fermín, el buen Fermín, decidimos movernos. Zabaleta-Chocarro-Yanac suben al Campo I. El resto se queda en el base.

11 julio. Gallardo-Uriarte-Lluyvia salen del Campo Base para ir al Campo I pero la nevada los detiene más arriba de la laguna. Se encuentran con la otra cordada que después de una noche muy mala bajo la tormenta han decidido bajar al base. Todos en el Campo Base.

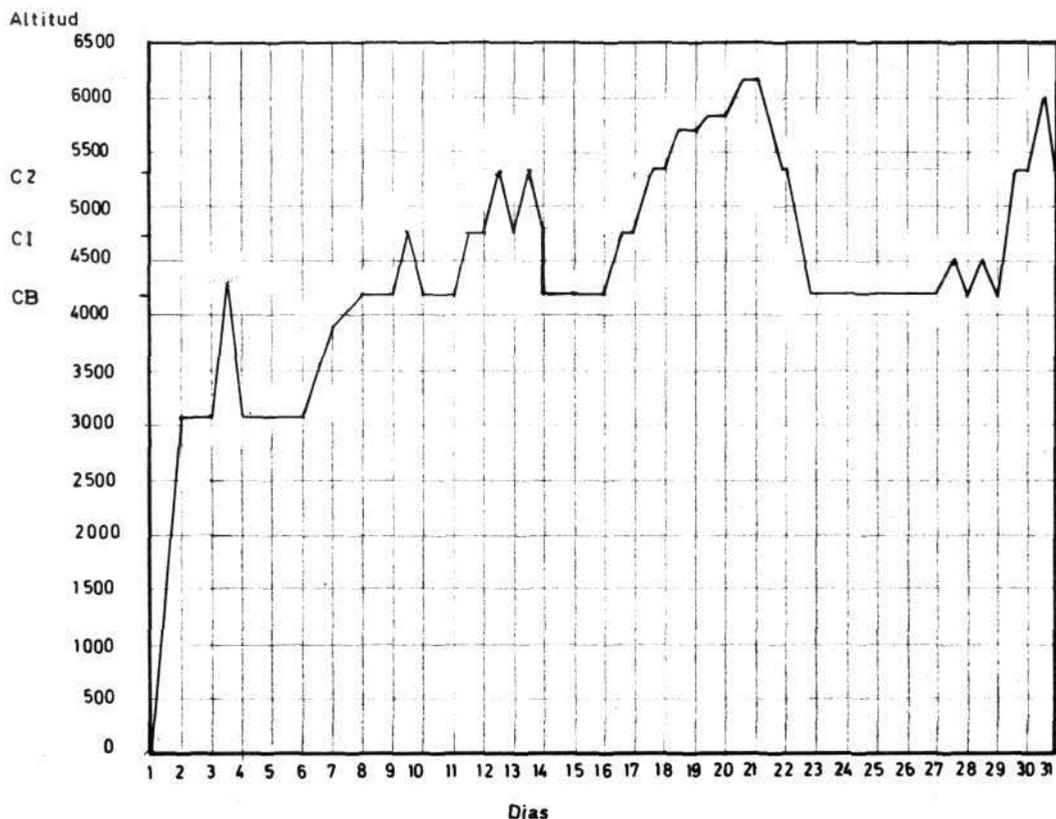
12 y 13. Sigue el mal tiempo y todos permanecemos en el Campo Base. A la tarde del 13 mejora el tiempo.

14 julio. Zabaleta-Chocarro-Gallardo-Uriarte-Yanac-Lluyvia suben del Campo Base al Campo II. Se decide atacar el Chinchey (6.222 mts.) al día siguiente.

15 julio. A las 5,00 salen del Campo II Zabaleta - Uriarte, Gallardo - Chocarro - Yanac - Lluyvia para intentar Chinchey. Gallardo abandona en el mismo momento de salir del campamento por indisposición; Uriarte se retira de la montaña a los 6.000 metros, hacia las 8,30, descendiendo al Campo II. El resto continúa la ascensión. A las 10,30 y a los 6.100 mts. un alud de nieve arrastra a los cuatro a lo largo de 1.000 metros de longitud y 300 metros de desnivel. A las 11,30 Gallardo y Uriarte, en el Campo II, se aperciben del accidente y salen al encuentro de los accidentados. A las 14,00 llegan todos al Campo II. Zabaleta sufre ceguera de nieve, Lluyvia presenta contusiones generales, Yanac parece que tiene alguna costilla rota, Chocarro ha sido el peor librado. Las muñecas están destrozadas interiormente, una pierna le molesta terriblemente y presenta shock cerebral. Incluso tememos algo en la columna.

16 julio. Una cordada de la Expedición

GRAFICO ACLIMATAACION URIARTE-GALLARDO



francesa del CAF de Paris que intentaban el Chinchey sube en nuestra ayuda trayendo el cacolet, y medicinas, y nos ayudarán a descender a Patxi. A las 11,30 comenzamos a descender a Patxi. Gallardo en un esfuerzo terrible lo transporta a través de todo el glaciar del Chinchey hasta el resalte rocoso a donde llegamos a las 14,00. El bajar a Patxi por el resalte por las cuerdas fijas es un trabajo delicado y largo; a las 18,00 estamos en el Campo I.

17 julio. A las 7,00 escuchamos el ruido del motor de un helicóptero y pronto lo vemos sobrevolar el Campo I. A las 7,50, a 50 metros del campamento el alouette pierde potencia y se estrella en la morrena del glaciar. Los tripulantes están a salvo milagrosamente. Gallardo baja al Campo Base a prevenir del accidente del helicóptero. Patrick y Jacques, dos de los franceses acom-

pañan a los tres aviadores hacia el Campo Base. A las 11,00 en la camilla del alouette comenzamos a descender a Patxi por la morrena. Jacqueline la médico de los franceses se mantiene continuamente al lado de Patxi. A las 17,00 llegamos al Campo Base.

18 julio. Sorpresa a las 5,00. Llega un grupo de socorro en el que vienen los Yanac, Glicerio Henostroza, Roy Baron, David Huse y... Jerónimo López. A las 12,30 llega un helicóptero Twing, mayor que el Alouette y en dos viajes desciende a Huaraz a los tripulantes del alouette, a todos los heridos, al grupo de socorro. Quedan en el Campo Base, Zabaleta, Epifanio, Davir Huse y Uriarte. A las 13,00 llega un destacamento de la Guardia Civil de Huaraz con Carlos Soria a la cabeza. Se toman un café y regresan a Huaraz.

19 julio. Descanso en el Campo Base.

20 julio. Salen del Campo Base Zabaleta, David Huse y Uriarte. David y Uriarte desmontan el Campo I y lo transportan al Campo Base. Zabaleta acompaña hacia el Campo II a dos de los franceses, y regresa al Campo Base.

22 julio. Zabaleta, David y Epifanio suben al Campo II y descienden al Campo Base.

23 julio: Abandonamos el Campo Base con todo el material. A las cuatro llegamos a la portada de Quebrada Honda, en donde nos esperan con una camioneta Carlos Maldonado, Roy Baron. A las 20,00 estamos en Huaraz, en donde encontramos a Gallardo y Patxi Chocarro, éste muy mejorado.

Componentes de la Expedición:

Martín Zabaleta, 26 años, de Hernani (Guipúzcoa).

Patxi Chocarro, 24 años, de Berbinzana (Navarra).

Ricardo Gallardo, 34 años, de San Sebastián (Guipúzcoa).

Felipe Uriarte, 32 años, de Pasajes San Juan (Guipúzcoa).

Como porteadores participaron:

Pedro Yanac (hijo), 32 años, de Huaraz (Ancash).

Vicente Lluyvia, 28 años, de Huaraz.

Epifanio García, 28 años, de Huaraz, fue el guarda del Campo Base y cocinero.

Actividad de la Expedición:

Escalada del Pucaranra (6.147 mts.), por la arista N.E. Primera ascensión.

Intento al Chinchey (6.222 mts.), por la pared oeste, alcanzándose los 6.100 mts.

Tabla de máximas y mínimas en el Campo Base (4.200 mts.):

DIA	MAXIMA	MINIMA
21 junio	10 °C	-3 °C
22	22	-3
23	25	-7
24	24	-5
25	24	-4
26	24	-4
27	23	-6
28	27	-5,2
29	22	-2
30	23	-3
1 julio	22	-2
2	23	-3
3	24	-5
4	25	-5
5	25	-4
6	27	-5
7	23	-3
8	22	-4
9	25	-6
10	24	-5
11	23	-3
12	17	-1
13	24	-5
14	24	-4
15	22	-6
16	25	-4
17	22	-4
18	25	-3
19	22	-1
20	23	-4
21	21	-5
22	19	-5

En el Campo II se tomaron 3 medidas de temperatura los días 30 junio, 1 y 4 de julio, siendo las mínimas respectivamente -15, -14 y -18.

EN LAS MONTAÑAS DE LA SIERRA DE OZA

ATXAR DE FORCA (Petraforca) 2.390 m.

RINCON DEL ALANO 2.347 m.

RESUMEN

La Selva de Oza es un lugar precioso, un sitio ideal para descansar unos días de verano: bosques, arroyos y montañas.

Montañas de las «nuestras», de las que pueden subir en un fin de semana la mayor parte de nuestros «mendi-goizales». Con la ventaja adicional de que no suelen ser muy frecuentadas.

Lo publicamos en Pyrenaica para dar a conocer el sugestivo croquis de Fernando Malo. (Este croquis acompaña a uno de sus mapas de la serie Pirineos, de los que hablaremos próximamente).

Se sigue perfectamente en el croquis la breve descripción de la subida a estas dos hermosas cimas.

La zona puede ser localizada también en el artículo de López de Guereñu, que se reproduce en este mismo número.

Casi al final del valle de Hecho, y a 12 km. del pueblo que da su nombre al valle, se ubica el bello paraje de Oza. Este y otros toponímicos parecen presentar raíces euskéricas. No encontraremos aquí dificultad alguna para asentarnos durante algunos días, ya que cuenta con un hotel-restaurante, un refugio bajo el mismo, provisto de literas con colchonetas, pero sin mantas, y un camping de primera categoría, para plantar la tienda, tanto al sol como a la sombra de un esbelto abeto o de una copuda haya, según el gusto del acampador. Se puede tener la ocasión de oír el «feso», cantarín dialecto de los naturales de este valle.

Partiendo del hotel río abajo y pasando el puente sobre el río Aragón Subordan, vemos enfrente un ancho camino, que parte de los refugios ganaderos-forestales, cercanos a dicho puente y en la margen derecha. Remontamos en dirección Oeste, entre exclamaciones de admiración a este bosque que atravesamos. Las arrogantes coníferas y hayas se abren paso hacia el cielo con una longitud y verticalidad que nos hace asombrarnos a cada momento. Casi al final del bosque, el camino se torna de suelo pedregoso y asciende en corto pero fuerte zig-zag. El rumor del arroyo se incrementa y nos acercamos para admirar una pequeña casca-